



«El capitalismo es sentimental porque es ya viejecito y le enternece su propia historia y ha decidido hacer cartonajes industriales con nuestra propia sentimentalidad y vendérmola.» En la foto, el edificio del Tesoro en Wall Street.

Don Donoso

Cuando hay entusiasmo, el pueblo resplandece en su armadura

Donoso Cortés

Don Donoso, que tenía nombre de rey godo supernumerario, quería ver al pueblo resplandeciente en la armadura de oro del capitalismo, o sea, resplandeciente del oro de los otros, que eso es en sustancia el fascismo: conseguir que el pueblo se entusiasme con la felicidad de los demás, de unos cuantos. Lo que aquí ha sido, durante siglos, la entrada a los toros o la salida de la ópera, que para el personal era la Ópera misma, como para el proletario verticalista, el mar era Benidorm, o sea la orilla.

El capitalismo es sentimental porque es ya viejecito y le enternece su propia historia, y es sentimental porque ha decidido hacer cartonajes industriales con nuestra propia sentimentalidad, y vendérmola. Digamos que el rollo patatero, en este siglo, empezó con el cine, por ejemplo, el cine mudo: Hollywood, que ha de ser definido por los rusos como «fábrica de sueños», levanta sus viguetas de oro sobre el sentimentalismo de Charles Chaplin, un comunista muy raro que sólo opone a la prepotencia de los millonarios gordos y amigos (amigos mientras dura el champán y nada más), la protesta de modistilla de su violín de fieltro, o sea, el sombrero, tocado con el arco del junquillo en un banco solitario de Central Park.

Don François

Formo parte del paisaje de Francia. Mitterrand

La frase podría ser de De Gaulle y pertenece al libro *Ici et Maintenant*, publicado pocos meses antes de que el socialista ganase las elecciones.

¿Quiere esto decir que el socialismo también es sentimental? Puede que lo sea respecto de sí mismo, puesto que tiene un pasado *bogascoso*, como María Félix en las películas y como todo partido, pero el socialismo, de momento, no trata de monetizar el sentimentalismo de los demás para ven-

EL CAPITALISMO SENTIMENTAL

FRANCISCO UMBRAL

EL capitalismo no tiene unas raíces sentimentales, pues que nace de la Reforma/Contrarreforma (hoy, dos frentes opuestos de lo mismo: el desembarco del cielo en la tierra, la conquista de los bienes temporales). Pero el capitalismo, como todo lo que dura mucho, se ha vuelto sentimental en el mundo entero (mayormente en los países grancapitalistas), por entropía degenerativa y porque el que tiene un pasado, lo cuida. El capitalismo lo vende.

Diciembre 1981

triunfo 15

dérselo, como aquellos pillos de Mihura que querían venderle una lámpara al propietario de la lámpara, por el sencillo procedimiento de tomarla de la mesa y ponérsela delante:

-Pero esta lámpara es mía.
-Perdón, creí que era usted. tonto.

El capitalismo cree que somos tontos y nos vende nuestras propias lámparas bajas de la intimidad y la nostalgia. El capitalismo cree que somos tontos y siempre que el capitalismo cree algo, tiene razón. Somos tontos.

Lo que se ha llamado, o no, «la industria de la nostalgia», no responde sólo a que el capitalismo sirva una demanda camp/retro/kitsch que está en la calle, sino que, cubierta esa demanda, el capitalismo la hostiga, la exacerba, la extrema, de modo y manera que ya nos han vendido los años veinte, los años treinta, la década de los cuarenta, la de los cincuenta (sin otro signo emblemático que Gene Kelly cantando bajo la lluvia), la de los sesenta (Beatles), la de los setenta (rock/rollo), y ahora nos están vendiendo por anticipado, de rebajas y en oferta, la década de los ochenta, o sea ésta en que estamos.



todos los atributos hogareños de la paz.

La última bomba discriminatoria, como ustedes saben, le mata a usted el niño, señora, pero le deja al niño la cadenita en el cuello. Es una bomba respetuosa con los objetos y ya dijo Juan Ramón: «Qué quietas se están las cosas y qué bien se está con ellas.» Pero no muerto. Y dijo don Francisco

Esto es una mierda. La paz tiene que pasar antes por la guerra como la camisa tiene que pasar por el biode-tergente. Y en ello está el capitalismo sentimental, la oferta del futuro, que nos vende la guerra como una paz llena de electrodomésticos para centrifugar la sangre del enemigo o convertirla en tinta de limón, invisible, de aquella que se usaba en las guerras bárbaras para escribir a la madrina de guerra, un suponer Lili Marlén, canción compuesta en el año dieciséis por un músico mediocre que tenía dos novias, Lili y Marlén, y las reunió en un cuplé, como Neruda metió cinco novias en los «Veinte poemas de amor», y así lo confiesa, y Juan Ramón metió en *Platero* todos los burros que había tenido de amigos en Moguer.

O sea, que no existe la novia ideal, el burro ideal, la alemana ideal, Lili Marlén, que se escinde en dos, como su águila bicéfala, que un día nos picoteará con cualquiera de sus dos picos, o con ambos.

Si va resultando que no existen cosas ideales, ni novias ni burros ni acuñaciones germano/gámicas, concluiremos que a lo mejor no existe el idealismo, cosa que ya sabía el capitalismo sentimental.

Como no pueden vendernos más idealismo (que Platón ha dejado de hacer envíos), nos venden sentimentalismo, que es un idealismo de gas en cada piso.

Don Rockefeller

Todo millonario necesita un intelectual.
Antonioni

Digo Rockefeller por resumir cualquiera y todas las fundaciones culturales capitalistas que cuidan el capita-



La oferta del futuro

Jim.-¡De prisa, que viene la tormenta!
Joe.-La tormenta somos nosotros.
Ray Bradbury

La oferta del futuro consta de dos, como los Reyes Católicos: nos venden la guerra y nos venden la paz. Pero lo más ingenioso y manierista del capitalismo sentimental es que ahora nos vende la guerra como paz, una guerra limpia, confortable, aséptica, con

16 triunfo

de Cossío que las cosas de alguien, cuando ese alguien muere, quedan como dormidas. Y decía Ortega que las antigüedades son «huellas del alma». La bomba/Reagan nos va a volar el alma (paloma pineal muy dada a volar, por otra parte), pero respetará sus huellas, sus antigüedades, porque es una bomba sentimental.

Parece que para llegar a la paz hay que pasar por la guerra. Esto que tenemos ahora, desde hace más de treinta años, no es una paz (parcial).

lismo sentimental en un clima de espiritualidad airwell. Estas fundaciones suelen tener especial cariño por los vanguardismos de entreguerras, siendo así que aquellas guerras las financiaron ellos, y que la beligerancia de Marinetti, Apollinaire o Breton es consecuencia, a derecha e izquierda, de un mundo acojonado por la Gran Berta, los cañones Krupp y el idealismo tonto de Guillermo II frente al materialismo listo de Rusia.

Se silogiza en los salones de París:

-Lenin estaba ya en Marx; Stalin estaba ya en Lenin: luego el gulag estaba en Marx.

Y tras este silogismo a lo Anatole France, el capitalismo sentimental nos vende a Marx como un romántico de los números, a Lenin como un intelectual que viajaba en féretro ferroviario blindado y a Stalin como un Hitler de bigote recambiable, entre la mosca de Chaplin/Franco y el mostacho de Nietzsche/Papá Noel. El capitalismo sentimental, finalmente, nos vende lo que no han sabido vender los soviéticos, mucho menos astutos en marketing: el archipiélago Gulag.

Porque lo que compraban los lectores indubitables de premios Nobel, más que antisovietismo, era sentimentalismo. El capitalismo sentimental español/madrileño se gasta quinientas pesetas en la butaca del teatro por recoger, no el telegrama socialrealista del sainete trágico de hoy mismo (paro, mendicidad, sindicatos), sino las escurriduras radiofónicas y sautierizadas de la función. Se lo he oído a las clases pasivas del capitalismo sentimental, a la salida de una gran película alemana sobre el nazismo. Le decía una señora a otra:

-La culpa de todo la tiene el padre de él.

Pero el padre de él es un liberal suizo, y lo que ha pasado por la pantalla es la guerra mundial en

muerte viva. El capitalismo sentimental, desde Chaplin al vídeo, sigue vendiendo/consumiendo historias de amor contrariadas y novios que no se arreglan.

Las fundaciones culturales, benéficas, una especie de residencias Francisco Franco de la tercera edad para muertos de todas las vanguardias (no sólo artísticas, sino también bélicas), son la sentimentalidad capitalista con estatutos, y de paso ganan dinero.

Porque la sentimentalidad libera impuestos.

manos de sangre grita que no a todo, a la hermosa farsa de las guerras capitalistas, armamentistas, sentimentalistas, y viene Mickey Mouse, el ratoncito yanqui, a hacerle pingaletas y sugerirle que no se ponga así.

La dulce misión de los Estados Unidos y su cine, durante mucho tiempo, ha sido y es animar a Europa con sus dibujos animados, tras haber elegido Europa como pista de aterrizaje. Y entre los grandes dibujos animados de Hollywood no son los mejores los del hibernado/melificado



El ratón Mickey

Liberalismo: el zorro en libertad en el gallinero en libertad.

Rosa Luxemburgo

En «Cuidado con los zepelines», teatro francés de última hora, que prescinde de la palabra o la utiliza en su dimensión abstrusa, social-conventional, se nos cuenta la historia de Francia, la historia del siglo, la historia del siglo en Francia, y, al final de la cosa, que está finamente contada (o descontada), el soldado de

Walt Disney, sino esos dibujos animados que se llaman o se han llamado Perla White, Mae West, Marilyn Monroe, Rock Hudson, Robert Taylor, Tyrone Power, Clark Gable, Shirley Temple, Freddie Bartholomew, Fred Astaire, Liz Taylor (o Tylor o como sea), Mickey Rooney (otro ratoncito) y Travolta.

Como, a pesar de todo, la presión Reforma/Contrarreforma está en el origen de las cosas, ya lo hemos dicho, el capitalismo feudal decide un día hacerse liberal y suelta el zorro en el gallinero, con grave peligro de que una gallina se coma al zorro. Gracias a Dios, hasta ahora no ha ocurrido.

Don Carlos Ferrer-Salat, cenando una noche en Jockey, me confesaba su admiración por Balzac. Punto en el que coincide con Marx y no conmigo, y lo siento por Carlos Ollero, que acaba de publicar un ensayo sobre don Honoré y me lo envía cariñosamente. Sólo que Marx le hacía a Balzac una lectura sociológica, y Ferrer-Salat le ha hecho una lectura sentimental, que es lo suyo: hombres que parten de la nada y, mediante un mañoso trenzado de industriosidad, adulterios y periodismos, llegan a lo más visto y vistoso de la sociedad parisina.



Qué hermosa es la industriosisidad y qué ejemplar el industrialismo. El capitalismo comienza a hacerse sentimental con Balzac y Dickens, y por eso la novela decimonónica es «un compromiso burgués», como dijo Sartre del hombre todo. Hay que escribir la Odissea de la revolución industrial, hay que construir la saga del Homero contable, del Orestes bursátil, con un contrapunto, naturalmente, de niños navideños (los niños son más que nada una cosa navideña, como los pavos) que acechan hambrientos desde la noche el hartazgo de prosa mazorra (Dickens/Balzac) que se está pegando el burgués, que bien ganado se tiene su descanso.

El punto crítico que hay en esos autores torna más acezante su lectura, porque el lector juega a ignorar quién es el explotador de tanto niño navideño. Naturalmente, no puede ser él mismo. Eso sería tan absurdo como si, en la novela policíaca, el asesino resultase ser el lector. Pero sería la gran novela policíaca, porque todo lector está deseando que maten a alguien.

Marcel Proust, que criticaba a Balzac desde la admiración, llega a decir: «Balzac, qué gran escritor si supiera escribir.»

El debilísimo Marcel, el parvenu Marcel, el salonnier Marcel, es quien reconstruye, en «gigantesca miniatura» (Cocteau), la descomposición de la aristocracia, la gran burguesía y el capitalismo sentimental, y así lo ve Lawrence Durrell:

—Lo de Proust es una anarquía con buenos modales.

Judío, homosexual, anarquista. Demasiado para la sentimentalidad del capital. Dreyfusista/antimilitarista. No consta que Ferrer-Salat haya leído a Proust.

Don Pablo

Dans le music avant toute chose.
Verlaine

Dice Adorno en su «Teoría estética» que el arte es lo contrario de la mercancía. El capitalismo sentimental ha tomado el arte por mercancía (fundaciones, galerías, centros pompidulianos), y ha tomado la mercancía por arte: la reproducción mecánica, tan originalmente estudiada por Benjamín («ese escritor desconocido que usted tradujo al alemán», según le dijeron un día a Jesús Aguirre), y la democratización del disco, reducen a Picasso a un acrílico y reducen a Mozart a un acetato.

18 triunfo

De lo que se trata es de vender muchos acrílicos y muchos acetatos. «Dans le music avant toute chose». Sobre todo, las multinacionales del disco, que purgan a los clásicos de su violencia subversiva (Debussy fragmenta la armonía en mil puntos de luz, como los impresionistas el color y los einstenianos la energía, y Ravel se inventa nada menos que la obra abierta, el eterno recomenzar, antes que Joyce y Umberto Eco).

Baudelaire, que tiene pleitos y marginaciones por *Las flores del mal*, es hoy lección obligada en todos los Liceos de Francia y del mundo. Para que su recuperación por el capitalismo sentimental sea completa, entre nosotros, Pemán escribe unas *Flores del bien*. Una teoría groseramente económica puede sostener que el capitalismo se limita a comerciar con el sentimiento y el sentimentalismo. A mí me parece que el capitalismo (al fin y al cabo, una sociedad anónima siempre son unos señores, y un consejo de administración, los señores de esos señores), a mí me parece, digo, que el capitalismo no sólo comercia con la sentimentalidad y el sentimiento, sino que no puede renunciar a ellos totalmente, como no puede ninguna otra comunidad humana.

Lo que pasa es que el capitalista es un hombre unidimensional cuyo único órgano perceptivo del mundo es el financiero, y no sólo para las finanzas. De aquí el tan denunciado utilitarismo del arte burgués: realismo, ejemplaridad, optimismo o, cuando menos, que la música imite la tormenta. Si el arte más promocionado por el capitalismo sentimental es la música (popular, culta, rockera, juvenil, folklórica u operística), esto se debe claramente a que la música es un excepcional elemento desrealizador, difuminador de ideas, sentimientos, impresiones y expresiones. Lo que la música o algunos músicos puedan tener de subversivos, como hemos apuntado, se refiere a la música misma o sólo es leído como tal por una minoría previamente alertada.

El hilo musical, la radio del taxi, la música ambiental, Beethoven psicodélico y Mick Jagger acuñado como un clásico, la paliza musical de cada día, no responden a una demanda sociológica real, sino a una promoción cada vez más ancheada, porque vender música es vender aire («la música es el revés del aire», decía Rilke), humo, vaguedad, nada.

La música, por otra parte, vehicula la nostalgia mejor que nada, y ya he-

mos dicho que la nostalgia, una vez agotados los stocks idealistas de Platón, es un idealismo de gas en cada piso.

El capitalismo ¿es un humanismo?

*Hay horas para la prudencia
y horas para la locura.*
(Proverbio árabe)

No. Los árabes se equivocaban. Hay que elegir prudencia o locura como manera de ocupar un lugar en el mundo. Desde pronto y para siempre. El oro mundial, más judío que árabe, según los folletinistas del tema, como Hugo Wast, quiere dividir nuestra vida (y de hecho divide la suya) en prudencia y locura. El capitalismo sentimental ha decidido que, tras la prudencia productiva y puntual de ocho o diez horas de trabajo racionalizado, al trabajador de cuello blanco, de cuello azul o de cuello cortado, se le conceden (se le venden) unas horas de locura, de irracionalidad, de sentimentalismo: música, Kramer contra Kramer, Annie, el perro de Annie, droga blanda, filosofía Marlboro, trago largo y humanismo de galinero (al zorro le han puesto su dosis de estricnina en Icona).

Pero es populismo fácil decir que nos manipulan. Se manipulan ellos mismos. El capitalismo fue paleocapitalismo, el paleocapitalismo fue feudalismo, el dinero tiene su historia y su saga en los grandes relatos de la telestatal de cualquier Estado. El capitalismo comienza a recrearse sentimentalmente en su pasado laborioso, industrioso, afanoso, penoso, mentiroso, animoso, belicoso, horroroso. Se leía a sí mismo con gusto en Balzac-Dickens y ahora se ve con gusto en las telenovelas, siempre grandes sagas familiar/industriales. El capitalismo chochea. (Por ahí va a tener razón Marx), el capitalismo ha llegado a creerse un humanismo por cuanto tiene una historia, unos mártires, unos poetas (Henry Ford I, que muere tísico diseñando cigüeñas, como un Luis de Baviera antes de lo del lago). Lo más espantoso del capitalismo no es que nos venda sentimentalidad, sino que él mismo se ha vuelto sentimental: el irracionalismo del beneficio, doblado por el irracionalismo del corazón/alcancia. Roosevelt en su silla de ruedas, cantando a dúo con Annie: «To-morrow, to-morrow, to-morrow...» Annie, si quiere salvarse, tendrá que amancebarse con el perro. ■ F.U.

Diciembre 1981